

## Un descubrimiento fecundo

M. Carmen Giménez  
Blanca Anguera  
*Universidad de Barcelona*

*La conmemoración de los cien años de Estudios sobre la histeria, tiene pleno sentido actual no tanto por el hecho de que sus páginas definan la postura clínica y teórica con la que Freud revolucionó el pensamiento psicológico moderno, sino porque el psicoanálisis sigue articulándose hoy en torno a algunos de los puntos centrales del texto. El comentario de tres de estos puntos: la moción inconsciente, la posición central del sujeto psíquico y la transferencia, permiten entender simultáneamente el significado histórico de las ideas freudianas y su vigencia en la actualidad.*

*Se presenta además el conjunto de trabajos que configuran el monográfico.*

*Palabras clave: Inconsciente, sujeto psíquico, transferencia.*

*The commemoration of the centenary of Studies on Hysteria is of great current interest, not only because the work defines the clinical and theoretical position which was basic to Freud's transformation of modern psychological thought, but because, even today, psychoanalysis revolves around a number of the text's central points. Analysis of three of these —unconscious motion, the central position of the psychic subject, and transference— shows simultaneously the historical import of Freud's ideas and their significance today. A list of contents of this issue is also included.*

*Key words: Unconscious, Psychic Subject, Transference.*

“A la larga nada logra resistir a la razón y a la experiencia.”

S. Freud. (1927) *El porvenir de una ilusión*.

Una fecha por sí misma no tiene el menor significado. Sin embargo, cuando decimos que es un aniversario estamos atribuyéndole valor de presente. Podemos conmemorar un hecho jubiloso o un acontecimiento triste, pero, en cualquier caso, elegimos aquel momento pretérito en el que se produjo algún

cambio cuyas consecuencias, positivas o no, forman parte de nuestra actualidad. En realidad lo que nos alegra o nos apena, lo que, dado el caso, festejamos es el presente. Pero éste adquiere su pleno significado cuando, como regularmente hacemos los humanos, lo entendemos además como proyecto o germen de futuro.

Así pues en un aniversario anudamos tres dimensiones del tiempo: pasado, presente y futuro. No se trata entonces del culto a la antigüedad, ni del rescate de los restos de un naufragio. Se trata de compartir con otros la alegría que produce estar caminando y reflexionar juntos acerca de lo que tenemos entre manos y de lo que nos proponemos hacer.

Los cien años de la publicación de *Estudios sobre la histeria*, que algunos han considerado la primera obra psicoanalítica de S. Freud, es buena ocasión para contribuir, en el sentido que acabamos de explicar, a esa reflexión, a ese anudamiento entre lo que fue y lo que es psicoanálisis.

*Estudios sobre la histeria* puede leerse desde puntos de vista y con finalidades muy diversas. En nuestro caso, queremos hacer patente que en este libro Freud estableció los principios de la nueva disciplina, a la que en 1896 llamará psicoanálisis, con la que desde sus primeros pasos transformó radicalmente la perspectiva de la psicología. Del texto, y al margen de sus otras muchas implicaciones, nos interesa destacar tres aspectos que lo sitúan como punto de inflexión de ese proceso de cambio de las ideas y, al mismo tiempo, justifican nuestra afirmación de radicalidad.

Nos referiremos en primer lugar al papel que Freud atribuye a lo inconsciente como determinante de las producciones psíquicas. Como es sabido, desde el siglo XVII, lo inconsciente está presente como hipótesis auxiliar en ciertos desarrollos, tanto filosóficos como científicos, acerca del funcionamiento de la mente. Pero frente al inconsciente concebido como límite a partir del que lo mental se diluye en el registro fisiológico, Freud propone otro inconsciente entendido como cualidad de contenidos y representaciones estrictamente mentales. Por tanto, no está hablando de señales o registros fisiológicos, sino de representaciones ligadas a afectos que, como tales, no sólo están incluidas en la psicología sino que son su núcleo central. Este giro conceptual rompe con la identificación mente-conciencia, amplía y delimita el campo de los fenómenos psíquicos, reformula el objeto mismo de la psicología y consecuentemente la forma de abordar las producciones psíquicas.

Por otra parte las páginas de *Estudios sobre la histeria* nos brindan la oportunidad de asistir a la paulatina mutación de un médico en psicólogo. De aquel que observa los hechos al que escucha las palabras, del que clasifica los síntomas al que busca su simbolismo. Vemos cómo, a partir de 1895, la enfermedad psíquica ya no existe por sí misma ni se instala en el sujeto al modo de una infección vírica que hay que erradicar. La sintomatología y la enfermedad son expresión del sujeto mismo quien, evidentemente, no tiene ni la menor idea de lo que está diciendo con ellos. Entonces más que observar y enumerar los signos que permiten incluir el mal que afecta al paciente en una categoría diagnóstica que lo borra como sujeto, se trata de escuchar lo que éste tiene que decir, de permitirle expresar verbalmente lo que, de otra forma, deviene en síntoma.

Pero ¿qué es lo que confiere a la palabra su poder curativo?

No es, claro está, el simple hecho de nombrar lo hasta ese momento desconocido e indecible, sino el de vehiculizar y descargar con ello esos afectos que, perdidos para la conciencia por efecto de la represión, permanecen tan enquistados como eficaces en algún repliegue del psiquismo. Sin embargo, si tal catarsis permite la liberación de la esclavitud sintomática, es porque, deshaciendo antiguos y nocivos enlaces y desenlaces entre representaciones y afectos reprimidos, posibilita nuevas y tal vez mejores ligaduras. Así pues la descarga alivia pero no cura; si algo lo hace es la reinscripción psíquica que con ella se opera.

Esta dinámica psíquica de la que Freud da cuenta en el texto motivo de ésta conmemoración, nos muestra la metamorfosis de su pensamiento y de su posición frente a las llamadas «enfermedades nerviosas». Más allá de su posible connotación épica o de su importancia biográfica, la transformación de Freud nos interesa ahora en un doble sentido. En primer lugar por el hecho de que nos ofrece una imagen sumamente plástica del talante científico: aquel que permanece siempre abierto a reconsiderar, revisar, rechazar y reinventar sus hipótesis y procedimientos tantas veces como los datos de la realidad y la coherencia teórica lo hagan necesario. En segundo y no por ello menos importante lugar, porque nos permite constatar que esa actitud y el deseo de curar llevaron a Freud a acoger e intentar explicar aquello que sus pacientes, a modo de maestros, le transmitían: la compleja dinámica con la que cada uno de ellos se había construido y estaba sujeto a su malestar. Lo que Freud aprende de ello es que el individuo, la persona, nace, pero el sujeto se construye en su biografía en base a la interacción entre su disposición constitucional, sus relaciones afectivas y los avatares de su existencia. Entonces las producciones psíquicas, las variadas creaciones de las que somos autores, incluyendo el malestar, la enfermedad y sus síntomas que tan trabajosamente construimos y tenazmente mantenemos, son manifestaciones de nosotros mismos en tanto que sujetos.

La escucha de ese sujeto y no otra cosa fue lo que convirtió a Freud en psicólogo, lo que le permitió abordar, desde una perspectiva original, esa —hasta entonces esquiva— dolencia llamada histeria y lo que le condujo además, al revolucionario descubrimiento con el que cambió para siempre la concepción del hombre: el papel determinante de lo inconsciente en la dinámica de nuestro rico y complejo psiquismo.

Sin embargo, el camino seguido por Freud no sólo fue la aventura de un investigador construyendo teorías más o menos plausibles. El Freud que vemos a través de las páginas de *Estudios sobre la histeria* es un clínico concienzudo que, además de escuchar, se deja sorprender, atiende y considera cualquier movimiento, cualquier cambio o reacción de sus pacientes. En el relato de su actividad y en sus anotaciones clínicas es donde se percibe con mayor nitidez la forma en que se encuentra con sus límites, ensaya sus técnicas, afronta, reflexiona y saca partido de las dificultades. Es de su práctica clínica de donde surge y con la que confronta su andamiaje teórico, su método y sus innovaciones técnicas. Una vez más podemos observar cómo Freud, imbuido por el modelo terapéutico desde el que emprende su tarea, trata de imponer la autoridad que sus conocimientos y posición le confieren, sobre unas pacientes que lejos de mostrarse agradecidas, confiadas y sumisas,

no sólo parecen poco permeables a su influencia sino que, además, son más proclives a guiarse por sus propios criterios personales que a aceptar las prescripciones del clínico. Pero no se detiene ahí; de los escollos que encuentra y de las batallas que libra en ese contexto, especialmente contra los obstáculos que se oponen al proceso de curación, van a derivar algunos de sus conceptos y recursos clínicos más innovadores. Así vemos que el Freud de 1895 es ya consciente de la enérgica acción de la *resistencia*, de la necesidad de convertir al paciente en agente de su propia cura y, sobre todo vemos que ha iniciado su progresivo acercamiento a ese grupo de fenómenos, englobados bajo el término *transferencia*: esa actualización de la historia afectiva del paciente sobre la persona del terapeuta que, según la entiende ahora, se opone activamente al acceso a la cura. Freud volverá a este tema en repetidas ocasiones y no alcanzará su formulación final hasta más tarde, después de un largo proceso de elaboración intelectual y de revisión clínica pero, sin duda, la *transferencia*, de cuya entidad teórica e interés clínico deja constancia en *Estudios sobre la histeria*, llegará a ser uno de los más fecundos y originales aportes de la clínica freudiana.

La enseñanza de Freud, su legado y la continuidad de su obra, la fidelidad a su método, no ha consistido nunca en la aplicación repetitiva de sus técnicas ni la adscripción doctrinaria a todos y cada uno de sus desarrollos teóricos. El psicoanálisis, como todo lo vivo, se mantiene y desarrolla en su propia reformulación, en su intento de mantenerse abierto, de afrontar los envites que la sociedad moderna plantea al sujeto, de aliviar su sufrimiento, de potenciar su creatividad y de contribuir con las armas del conocimiento y la técnica científica al incremento de su libertad.

Sin embargo, esos tres aspectos de *Estudios sobre la histeria* que nosotros hemos elegido y considerado como ejes en torno a los que se articuló la revolución freudiana, es decir: la moción inconsciente del psiquismo, la escucha del sujeto y la transferencia, siguen siendo, cien años después, los pilares de todo desarrollo y toda clínica que se considere psicoanalítica.

Con el mismo espíritu de apertura y reelaboración que preside los *Estudios sobre la histeria*, y con la deliberada intención de poner de manifiesto que es precisamente la enseñanza de Freud la que posibilita entender la diversidad de puntos de vista como claro síntoma de la vitalidad de su legado, éste monográfico pretende recoger tanto las diferentes perspectivas desde las que se desarrolla el psicoanálisis actual, como algunos de los núcleos temáticos que hoy en día centran el interés de la comunidad psicoanalítica.

El conjunto de artículos está organizado en dos niveles temáticos. El primero trata de la peculiaridad de la clínica y de los distintos enfoques teóricos. Este nivel concluye con una amplia reflexión epistemológica. El segundo grupo de trabajos está dedicado a la práctica psicoanalítica y a su inserción en la asistencia pública. Finalmente, como cierre, se añade un anexo en el que se reúne información acerca de revistas especializadas y de los cursos de tercer ciclo (postgrados, másters y doctorados) que, sobre psicoanálisis, se imparten en universidades españolas.